

La búsqueda de la ciencia

y el arribo a ella en *Cien años de soledad*

Gustavo Adolfo Wyld

Si entendemos la *ciencia* como un saber que se tiene porque se ha buscado, o bien un conocimiento obtenido por medio de la observación y fundado por la vía de lo racional, podremos proponer que en *Cien años de soledad* hay una actitud de búsqueda para llegar a la inteligencia de lo observado. Sin embargo, los resultados que se puedan obtener con esta búsqueda serán “verdaderos” en la medida que se contemplen a la luz de una realidad que se entreteje con el carácter ficcional de la novela.

Los habitantes de Macondo *Col. Árbol corpulento, semejante a la ceiba.*, el pueblo donde se instala la acción de la obra, reciben del mundo exterior cosas que, para ellos, son nuevas, recién estrenadas. Asimismo, Macondo guarda cierto paralelismo de desarrollo con ese mundo exterior, pero posee una excepcional sustentación mítica, histórica, legendaria y mágica, que le permite dotar de una identidad propia a esos elementos recién incorporados. Digámoslo así: en Macondo puede suceder todo sin que se alcance a romper el hilo de lo posible, aunque lo ocurrido sea improbable, esto es, su trasfondo mágico-realista.

¿Y qué del paralelismo de Macondo con la historia y la evolución del mundo? Pues allí están, entre otros acontecimientos, su inicio y fundación:

“Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos.”²

“Desde los tiempos de la fundación, José Arcadio Buendía construyó trampas y jaulas. En poco tiempo, llenó de turpiales, canarios, azulejos y petirrojos no sólo la propia casa, sino todas las de la aldea.” (p. 16)

² Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (6ª. edición; Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1968), pág. 9. Todas las citas textuales que aparecen en el trabajo se referirán a esta edición.

También el viaje de Colón y las sirenas que el Almirante dijo ver:

“La ciénaga grande se confundía al occidente con una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales.” (p. 17)

Se registran los hallazgos de los primeros expedicionarios, sus errores y su decepción ante la escasez de lo descubierto. Después de una ardua caminata por una región pantanosa y agreste, se cuenta de José Arcadio:

“Sus sueños terminaban frente a ese mar color de ceniza, espumoso y sucio, que no merecía los riesgos y sacrificios de su aventura.

...¡Carajo! _gritó_. Macondo está rodeado de agua por todas partes.

La idea de un Macondo peninsular prevaleció durante mucho tiempo, inspirada en el mapa arbitrario que dibujó José Arcadio Buendía al regreso de su expedición.” (p. 18)

Y así, rebuscando acá y allá pasajes del libro, porque no es el tema de estas notas, pueden establecerse semejanzas y rasgos comunes entre el desarrollo de Macondo y la evolución del mundo. Allí están, por ejemplo, los portentosos aportes de los árabes y su contacto con otras culturas (gitanos, en el caso de Macondo, con Melquíades como líder); la búsqueda de una salida al mar; el descubrimiento casual de nuevos pueblos; las enfermedades, representadas por los forasteros que llegaban a Macondo y “tenían que hacer sonar una campanita para que los enfermos supieran que estaba sano” (p. 46); la pérdida de la memoria de la gente de Macondo, que quizá guarde algún parecido con la quema de la Biblioteca de Alejandría; los trovadores y juglares, incluidos en la persona de Francisco el Hombre, “un anciano trotamundos de casi 200 años que pasaba [...] por Macondo divulgando canciones compuestas por él mismo”, en las que “relataba con detalles minuciosos las noticias ocurridas en los pueblos de su itinerario” (p. 50); el positivismo científico, en la postura que adopta José Arcadio Buendía cuando rechaza las medallas y estampitas que le ofrece el padre Nicanor, porque las considera “objetos artesanales sin fundamento científico” (p. 78); la llegada del Renacimiento, asumida por Pietro Crespi, italiano que llega por la tarde, gardenia en el ojal, a traducirle a Amaranta sonetos de Petrarca (p. 97); la evangelización; la Revolución Industrial y sus consecuencias; etcétera, etcétera.

Pero vayamos al tema propuesto: la ciencia. Con tal propósito, iremos espigando el texto para obtener los datos que nos interesan. Comencemos por la llegada a Macondo de un mineral opaco que acicatea la curiosidad de José Arcadio Buendía y lo desasosiega. Melquíades, un “gitano corpulento de barba montaraz y manos de gorrión”, al decir del autor, hace una extraordinaria (o estrafalaria) demostración de los poderes del imán, que provoca el estupor de la gente:

“...una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. [...] las maderas crujían por la desesperación de los clavos y tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades.” (p. 9)

Después de los imanes, harán su aparición el catalejo, la lupa, los mapas portugueses, el laboratorio de alquimia obsequiado a José Arcadio por Melquíades, la fundición de las monedas coloniales de Úrsula para doblar el oro, etcétera. Melquíades, obviamente, es el principal propulsor de la curiosidad e inquietud científicas de José Arcadio Buendía, el esposo de Úrsula Iguarán. Y debemos hacer hincapié en este primer Buendía, ya que desempeña un papel protagónico en relación con el tema de estos apuntes. José Arcadio Buendía recibe el precioso legado de conocimientos de Melquíades y es él [José Arcadio] quien representa al hombre inquieto, audaz, deseoso de saber hasta lo que no le concierne, infatigable en su busca de conocimientos y, en consecuencia, al esforzado investigador.

Uno de los primeros y más grandes descubrimientos de José Arcadio Buendía es cuando viene en conocimiento de que “la tierra es redonda como una naranja” (p. 12). El hallazgo, por supuesto, hace que Úrsula Iguarán, fémina diestra en asuntos prácticos, pierda la paciencia y lo tache de loco. La aldea misma “estaba convencida de que José Arcadio Buendía había perdido el juicio” (p. 12). Melquíades tiene que intervenir para poner orden, “alabando la inteligencia de aquel hombre que por pura especulación filosófica había construido una teoría ya comprobada en la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo” (p. 12). Sin embargo, llega un momento en que hasta el mismo José Arcadio, a pesar de su inclinación por lo nuevo y desconocido, piensa que los conocimientos de Melquíades han “llegado a extremos intolerables” cuando éste envejece y rejuvenece con desesperante alternación. José Arcadio Buendía no se apaciguará hasta que Melquíades le explique “a solas el mecanismo de su dentadura postiza” (p. 15).

Cuando José Arcadio Buendía vio por primera vez un bloque de hielo, murmuró:

“_Es el diamante más grande del mundo.

_No _corrigió el gitano_. Es hielo.

José Arcadio Buendía, sin entender, extendió la mano hacia el témpano [...] y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio. [...] Pagó otros cinco reales, y con la mano puesta en el témpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó: _Este es el gran invento de nuestro tiempo.” (p. 23)

Desde el comienzo de la novela, este José Arcadio Buendía (porque habrá otros con su nombre) se perfila como el protagonista del entusiasmo e interés por la ciencia. Es capaz de adoptar, para su consecución, actitudes anhelantes. Hombre sediento de saber, su postura frente a lo que no conoce lo hace alejarse de los intereses de su núcleo familiar, para meterse de lleno en el laboratorio y abismarse en la ciencia.

Y la inquietud se hereda. José Arcadio y el coronel Aureliano Buendía, hijos que el alquimista ha procreado con Úrsula Iguarán, reciben de algún modo este legado.

“José Arcadio Buendía recibió con alborozo al hijo extraviado [José Arcadio] y lo inició en la búsqueda de la piedra filosofal, que había por fin emprendido.” (p. 34).

“José Arcadio Buendía y su hijo [Aureliano] no supieron en qué momento estaban otra vez en el laboratorio, sacudiendo el polvo, prendiendo fuego al atamor, entregados una vez más a la paciente manipulación de la materia dormida...” (p. 37)

Y este Aureliano, ya como coronel, y después de haber participado en la guerra, se dedica persistentemente a la fabricación de pescaditos de oro.

“Encerrado en su taller, su única relación con el resto del mundo era el comercio de pescaditos de oro. [...] Tan absorbente era la atención que le exigía el preciosismo de su artesanía, que en poco tiempo envejeció más que todos los años de la guerra, y la posición le torció la espina dorsal y la miimetría le desgastó la vista, pero la concentración implacable lo premió con la paz del espíritu.” (pp. 173-174)

Hay en el proceso de obtención de conocimientos de José Arcadio Buendía, fases de invención científica en verdad extraordinarias, gracias a que su toque reside en la sencillez. Mostraré unos cuantos:

- La construcción de la máquina de la memoria, utilizada alguna vez para recordar los inventos de los gitanos, cuyo mecanismo se apoyaba en “la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida” (p. 48). Era un diccionario giratorio, operado por una manivela y constituido por cerca de catorce mil fichas escritas por José Arcadio Buendía.
- El laboratorio de daguerrotipia, con el que José Arcadio Buendía, “mediante un complicado proceso de exposiciones superpuestas tomadas en distintos lugares de la casa, estaba seguro de hacer tarde o temprano el daguerrotipo de Dios, si existía, o poner término de una vez por todas a la suposición de su existencia” (p. 52)

- El movimiento continuo, fundado en los principios del péndulo y cuya explicación, según José Arcadio Buendía, se hallaba en las bailarinitas de cuerda, “las cajas de música, los monos acróbatas, los caballos trotadores” y “la rica y asombrosa fauna” (p. 70) que Pietro Crespi había llevado al pueblo. Mucho más tarde, la misma Úrsula Iguarán habría de comprobar, de cierta forma, la “verdad” (si es que se le puede llamar así) del movimiento continuo, al ver cómo José Arcadio Segundo, su bisnieto, se empecina en realizar proyectos descomunales como el del rescate del galeón español encallado a doce kilómetros del mar. Úrsula grita: “Ya esto me lo sé de memoria [...] Es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio” (p. 169). Esta expresión de Úrsula amarra con la igualdad del tiempo, con el dilatado retorno, con la mortaja que Amaranta, rediviva Penélope, teje y desteje sin darse un respiro (p. 222): “Se le iba la vida en bordar el sudario. Se hubiera dicho que bordaba durante el día y desbordaba en la noche, y no con la esperanza de derrotar en esa forma la soledad, sino todo lo contrario, para sustentarla” (la razón del título de la novela, su circularidad). La exclamación de Úrsula acerca del tiempo que gira en redondo se vinculará también con la repetición de los nombres, con hechos y oficios de otros miembros de la familia, como la fabricación de pescaditos de oro que obsesiona al coronel Aureliano Buendía y la energía y el vigor de su nieto Aureliano Segundo: “Viéndolo montar picaportes y desconcertar relojes, Fernanda [su esposa] se preguntó si no estaría incurriendo también en el vicio de hacer para deshacer, como el coronel Aureliano Buendía con los pescaditos de oro, Amaranta con los botones y la mortaja, José Arcadio Segundo con los pergaminos y Úrsula con los recuerdos” (pp. 267-268).

Y en el centro de este incesante girar, hallamos la figura de Aureliano Babilonia, uno de los herederos de la inquietud científica de sus ancestros y de la misión de descifrar los pergaminos que habían perturbado tenazmente la tranquilidad del primer José Arcadio. Porque la sed de conocimientos, en el caso de la familia Buendía, se transmite de generación en generación, y el legado tiene su precio: la soledad del investigador:

“Aureliano había terminado de clasificar el alfabeto de los pergaminos. Así que cuando Melquíades le preguntó si había descubierto en qué lengua estaban escritos no vaciló para contestar.

—Es sánscrito —dijo.” (p.301)

“Siguió encerrado [Aureliano], absorto en los pergaminos que poco a poco iba descifrando [...] José Arcadio le llevaba al cuarto rebanadas de jamón, flores azucaradas [...] y en dos ocasiones un vaso de buen vino. No se interesó en los pergaminos, que consideraba más bien como un entretenimiento esotérico, pero le llamó la atención la rara sabiduría y el inexplicable conocimiento del mundo que tenía aquel

pariente desolado. [...] Supo entonces que era capaz de comprender el inglés escrito, y que entre pergamino y pergamino había leído de la primera página a la última, como si fuera una novela, los seis tomos de la enciclopedia.” (p. 316)

Gastón, marido de Amaranta Úrsula, un día se topa con él en el cuarto de Melquíades y le pregunta que cómo había obtenido ciertos datos que no estaban en la enciclopedia. Y cito:

“...recibió la misma respuesta que José Arcadio: ‘Todo se sabe’. Además del sánscrito, Aureliano había aprendido el inglés y el francés, y algo del latín y del griego. [...] Leía con avidez hasta muy altas horas de la noche, aunque por la forma en que se refería a sus lecturas, Gastón pensaba que no compraba los libros para informarse sino para verificar la exactitud de sus conocimientos, y que ninguno le interesaba más que los pergaminos, a los cuales dedicaba las mejores horas de la mañana.” (pp. 322-323)

Lo único que puede distraerlo de su dedicación a los pergaminos es la pasión. Aureliano se siente fuertemente atraído por una mujer de color llamada Nigromanta, con quien a menudo habla en papiamento sobre “las sopas de cabezas de gallo y otras exquisiteces de la miseria” (p. 325), hasta que se hacen amantes. Durante un tiempo se entregará por la mañana a descifrar los pergaminos, y a la hora de la siesta a Nigromanta, para que le enseñe a “hacer primero como las lombrices, luego como los caracoles y por último como los cangrejos” (p. 326).

Después sobreviene otra relación, ahora con Amaranta Úrsula, esposa de Gastón, en la cual la fuerza del amor se suma a los arrebatos pasionales:

“En aquel Macondo olvidado hasta por los pájaros, donde el polvo y el calor se habían hecho tan tenaces que costaba respirar [...] Aureliano y Amaranta Úrsula eran los únicos seres felices, y los más felices sobre la tierra.” (p. 340)

“Se entregaron a la idolatría de sus cuerpos, al descubrir que los tedios del amor tenían posibilidades inexploradas, mucho más ricas que las del deseo.” (p. 341)

Y de esta unión habrá de nacer el representante de la última generación de los Buendía: otro Aureliano, con el que se cierra un siglo de soledad y la novela.

Quisiera retomar la figura del primer José Arcadio, inserta en un pasaje de la novela que considero crucial para el tema de mis apuntes. Me refiero al de la levitación del padre Nicanor. Recordemos que a este José Arcadio, por el hecho de “masticar un salmo ininteligible” (p. 76), por gritar “como un endemoniado en un idioma altisonante y fluido pero completamente

incomprensible” (p. 74), lo han catalogado de loco y lo han atado, con lujo de fuerza, al tronco de un árbol en el patio de la casa. Lo que me propongo es dar una idea de lo que pasa en el mundo cuando una persona se sale de la norma, rompe con la cotidianidad, rebasa los límites del saber común, es decir, cuando supera el territorio de la *doxa*, de la pura opinión, del saber que se tiene sin haberlo buscado, para ingresar en los confines de la *episteme*, del saber que se tiene porque se ha buscado, del saber construido metodológicamente. Pues bien, cuando el padre Nicanor, estimulado por la ingestión de una taza de chocolate espeso, afirma que dará una “prueba irrevocable del infinito poder de Dios” (p. 77) y pasa levitando varios días entre las casas de Macondo, se dice que “nadie puso en duda el origen divino de la demostración, salvo José Arcadio Buendía” (p. 77), quien manifiesta en latín³:

“*_Hoc est simplicissimum [...]: homo iste statum quartum materiae invenit.*” (p. 78)

Al llegar a este punto de la historia, el lector de la novela se percata de que ese “salmo ininteligible”, articulado por José Arcadio mientras comía pastel con los dedos, era nada menos que latín. La amonestación del texto es generalizada y apunta a lo siguiente: cuando un ser humano excede los límites de la simple opinión e ingresa en el territorio del saber adquirido con esfuerzo, a buen seguro las personas que no hayan adquirido ese conocimiento lo tildarán de loco.

Se ha hecho hincapié en la búsqueda esforzada de la ciencia y en la consecución de algunos resultados por parte de los personajes que se han entregado a ella en su afán de penetrarla. Para concluir, resumiré los pasos de esta busca y presentaré las tres “verdades” (las comillas son inevitables) obtenidas en este recorrido, no sin antes recordar la advertencia que hice al principio acerca de que estas “verdades” no obedecen a parámetros ni a factores de valoración filosóficos, porque no son desvinculables de los aspectos ficcionales y de las tendencias mágico-realistas de la novela:

- Hay un enigma por dilucidar (*los manuscritos*).
- Un proceso de dilucidación (*descifrar los manuscritos*), que abarca:
 1. La recopilación y el examen de los datos.
 2. La elaboración de una hipótesis (*El movimiento perpetuo, el tiempo es igual y coexiste*). Que a su vez comprende:
 - a. El establecimiento de la prueba (*la alquimia, la posibilidad de experimentar una transformación*).

³ Esto es muy simple; este hombre ha hallado el cuarto estado de la materia

- b. El sometimiento a la prueba (*el proceso de transformación: de hombre común a hombre sabio*).
 - c. Resultado probatorio (*transformación alcanzada: la sabiduría*), que remata con:
3. La verificación de la hipótesis (*todo vuelve y todo comienza, el tiempo es igual y coexistente*). Y entonces queda:
- El enigma dilucidado (*revelación de tres “verdades” coincidentes con el nacimiento del último Aureliano*) :
 - 1) El tiempo es igual y coexistente: *“Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos de modo que todos coexistieran en un instante”*. (p. 350)
 - 2) La estirpe podrá empezar otra vez por el principio gracias al amor: *“Un domingo a las seis de la tarde, Amaranta Úrsula sintió los apremios del parto. [...] A través de las lágrimas, Amaranta Úrsula vio que era un Buendía de los grandes, macizo y voluntarioso [...] y predispuesto para empezar la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios y su vocación solitaria, porque era el único en un siglo que había sido engendrado con amor”*. (p. 346)
 - 3) La soledad es irreplicable para la nueva estirpe: *“Aureliano no pudo moverse [...] porque en aquel instante prodigioso se le revelaron las claves definitivas de Melquíades, y vio el epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y el espacio de los hombres: [...] antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irreplicable desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.”* (pp. 349 y 351)

Han sido descifrados los pergaminos de Melquíades. Un instante que abarca un siglo o un siglo que equivale al instante mismo en que todo se comprende. La soledad es irreplicable para la estirpe. A su último representante “se lo están comiendo las hormigas” (p. 349) y el primero está atado a un árbol. Claro, comienzo y final, final y comienzo de la historia de la familia Buendía escrita por Melquíades en sánscrito, con cien años de anticipación. El final de la novela es su inicio porque el tiempo es igual y coexistente, y aún podemos empezar otra vez por el principio, gracias al amor.

Bibliografía

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. 6ª. ed. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1968a. 351 págs.

_____; *Cien años de soledad*. Real Academia Española. Edición Conmemorativa. Texto revisado por el autor. Presentación: Mutis, Álvaro, et al. Colombia, Printer Colombiana, S.A., 2007. 606 págs.

Gustavo Adolfo Wylid

Colaborador y exDirector
del Departamento de Letras
de la Facultad de Ciencias y Humanidades
de la Universidad del Valle de Guatemala

gawylid@ufm.edu.gt